

Sen, Amartya. *Capítulo 4, La Pobreza como privación de capacidades, en Desarrollo y Libertad*. Editorial Planeta S.A., Buenos Aires, 2000, pp. 114-141.

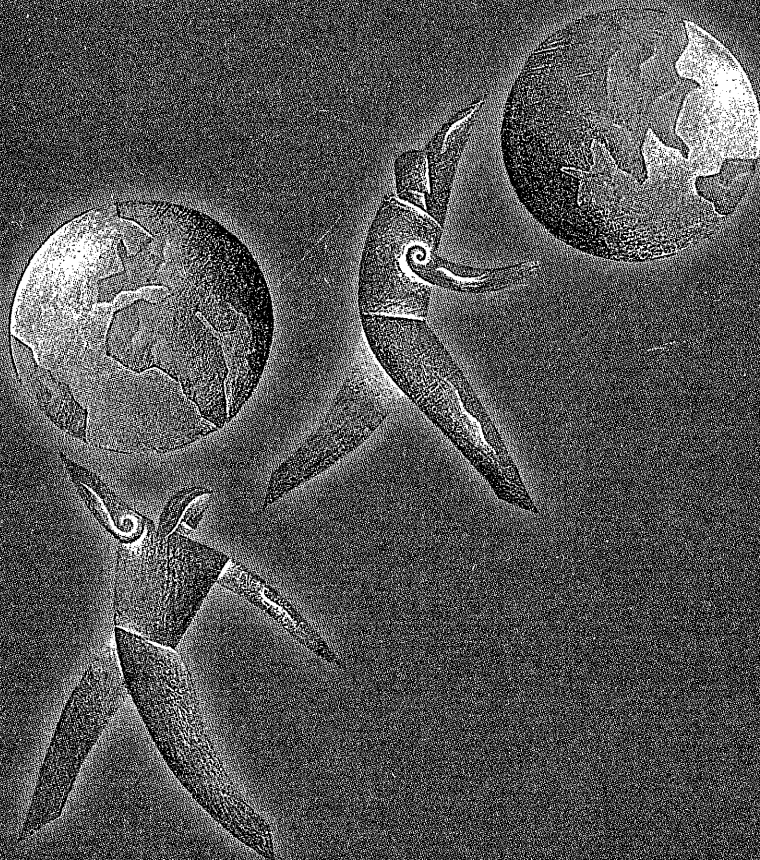
www.editorial.planeta.es/00/00.asp

Reproducido con permiso del autor

Amartya Sen

PREMIO NOBEL DE ECONOMÍA

DESARROLLO Y LIBERTAD



DESARROLLO Y LIBERTAD

¿Cómo es posible que en un mundo como el nuestro, que ha alcanzado un nivel de prosperidad sin precedentes, se le nieguen las libertades más elementales a un gran número de seres humanos? ¿Cuál es la relación entre nuestra riqueza y nuestra capacidad de vivir según nuestros deseos? Amartya Sen contesta a estos interrogantes en *Desarrollo y libertad*, una obra que ofrece al lector no especialista la oportunidad de conocer y comprender sus agudos y revolucionarios análisis sobre el bienestar, el progreso social y el desarrollo económico.

«Los pobres y desposeídos no podían encontrar a un paladín más elocuente y perspicaz entre los economistas que Amartya Sen. Sus escritos han revolucionado la teoría y la práctica del desarrollo al demostrarnos que la calidad de nuestras vidas debe medirse no por nuestra riqueza, sino por nuestra libertad. La labor que lleva a cabo la ONU en favor del desarrollo se ha visto enormemente beneficiada por las opiniones del profesor Sen, llenas de sabiduría y sensatez.»

KOFI A. ANNAN
Secretario general de la ONU

«Amartya Sen ha realizado numerosas y notables contribuciones a la ciencia económica y ha abierto nuevos campos de estudio para las generaciones venideras de investigadores. Al combinar las herramientas económicas con las filosóficas ha restaurado la dimensión ética del debate sobre los problemas económicos más vitales.»

REAL ACADEMIA SUECA
(Anuncio del Premio Nobel de Ciencia Económica 1998)

UNIVERSIDAD DE CHILE



3 5601 15870 3169

La pobreza como privación de capacidades

En el capítulo anterior hemos señalado que, cuando se analiza la justicia social, existen poderosas razones para juzgar la ventaja individual en función de las capacidades que tiene una persona, es decir, de las libertades fundamentales de que disfruta para llevar el tipo de vida que tiene razones para valorar. Desde esta perspectiva, la pobreza debe concebirse como la privación de capacidades básicas y no meramente como la falta de ingresos, que es el criterio habitual con el que se identifica la pobreza.¹ La perspectiva de la pobreza basada en las capacidades no entraña el rechazo de la razonable idea de que la falta de renta es una de las principales causas de la pobreza, ya que la falta de renta puede ser una importante razón por la que una persona está privada de capacidades.

De hecho, la falta de renta predispone claramente a llevar una vida pobre. Si se acepta esta premisa, ¿a qué viene todo este jaleo de observar la pobreza desde la perspectiva de las capacidades (en lugar de observarla desde la perspectiva habitual de la renta)? Creemos que los puntos a favor del enfoque de la pobreza basado en las capacidades son los siguientes:

1) La pobreza puede identificarse de forma razonable con la privación de capacidades; el enfoque centra la atención en las privaciones que son *intrínsecamente* importantes (a diferencia de la renta baja, que sólo es *instrumentalmente* importante).

2) Hay otros factores que influyen en la privación de capacidades —y, por lo tanto, en la pobreza real— *además* de la falta de renta (la renta no es el único instrumento que genera capacidades).

3) La relación instrumental entre la falta de renta y la falta de capacidades *varía* de unas comunidades a otras e incluso de unas fami-

lias a otras y de unos individuos a otros (la influencia de la renta en las capacidades es contingente y condicional).²

La tercera cuestión es muy importante cuando se examinan y evalúan las medidas públicas que aspiran a reducir la desigualdad o la pobreza. En la literatura (y en el capítulo 3 de este libro) se han analizado varias causas de las variaciones condicionales, y es útil hacer hincapié en algunas de ellas específicamente en el contexto de la elaboración de la política práctica.

En primer lugar, la relación entre la renta y la capacidad depende de manera extraordinaria de la edad de la persona (por ejemplo, de las necesidades específicas de las personas de edad avanzada y de las que son muy jóvenes), del sexo y de los papeles sociales (por ejemplo, de las responsabilidades especiales de la maternidad y de las obligaciones familiares determinadas por la costumbre), del lugar (por ejemplo, de la propensión de una región a las inundaciones o a las sequías, de la inseguridad y la violencia de algunas ciudades), de la situación epidemiológica (por ejemplo, de las enfermedades endémicas de una región) y de otros factores que una persona puede controlar poco o nada.³ Cuando se contrastan grupos de población clasificados según la edad, el sexo, el lugar, etc., son especialmente importantes las diferencias entre estos parámetros.

En segundo lugar, 1) la falta de renta y 2) las dificultades para convertir la renta en funciones pueden ir emparejadas.⁴ Las desventajas, como la edad, la incapacidad o la enfermedad, reducen la capacidad de una persona para percibir una renta.⁵ Pero también hacen que sea más difícil convertir la renta en capacidad, ya que una persona de edad avanzada, más incapacitada o más enferma puede necesitar más renta (para ayuda, para prótesis, para tratamiento) para lograr las mismas funciones (incluso aunque sea posible lograrlas).⁶ Eso significa que la «pobreza real» (entendida como la privación de capacidades) puede ser, en un importante sentido, mayor de lo que parece en el espacio de las rentas. Esta cuestión puede ser fundamental cuando se evalúan las medidas públicas para ayudar a las personas de edad avanzada y a otros grupos que tienen dificultades de «conversión», además de una baja renta.

En tercer lugar, la distribución en el seno de la familia plantea

aún más complicaciones al enfoque de la pobreza basado en la renta. Si la renta familiar se emplea de forma desproporcionada en beneficio de algunos de los miembros de la familia y no de otros (por ejemplo, si existe por sistema una «preferencia por los hijos varones» en la distribución de los recursos dentro de la familia), el grado de privación de los miembros abandonados (las hijas en el ejemplo examinado) puede no reflejarse suficientemente en el enfoque basado en la renta familiar. Esta cuestión es fundamental en muchos contextos; parece que la discriminación sexual es un importante factor en la distribución de los recursos en el seno de la familia en muchos países de Asia y del norte de África. Las privaciones de las niñas se comprueban mejor observando la privación de capacidades (mayor mortalidad, morbilidad, desnutrición, desatención médica, etc.) que en el análisis basado en la renta.⁷

Esta cuestión no es, desde luego, tan importante en el caso de la desigualdad y la pobreza en Europa o Norteamérica, pero la presuposición —que suele postularse implícitamente— de que la cuestión de la desigualdad sexual no se plantea esencialmente en los países «occidentales» puede ser algo engañosa. Por ejemplo, Italia tiene una de las tasas más altas de trabajo femenino «no reconocido», por oposición al trabajo reconocido que se incluye en la contabilidad nacional convencional.⁸ La contabilidad del esfuerzo y del tiempo dedicados y la reducción correspondiente de la libertad tienen algún peso en el análisis de la pobreza incluso en Europa y Norteamérica. También hay otros aspectos en los que el reparto de la renta en el seno de la familia es importante y debe incluirse en las consideraciones relevantes para la política económica y social en casi todo el mundo.

En cuarto lugar, la privación *relativa* desde el punto de vista de las *rentas* puede provocar una privación *absoluta* desde el punto de vista de las *capacidades*. Ser relativamente pobre en un país rico puede ser una gran desventaja desde el punto de vista de las capacidades, incluso cuando la renta absoluta es alta según los parámetros mundiales. En un país opulento en general, se necesita más renta para comprar suficientes bienes que permitan lograr las *mismas funciones sociales*. Esta consideración —esbozada por primera vez por Adam Smith en *La riqueza de las naciones* (1776)— es fundamen-

tal en las interpretaciones de la pobreza y ha sido analizada por W. G. Runciman, Peter Townsend y otros autores.⁹

Por ejemplo, las dificultades que tienen algunos grupos de personas para «participar en la vida de la comunidad» pueden ser cruciales en cualquier estudio de la «exclusión social». La necesidad de participar en la vida de una comunidad puede provocar la demanda de equipo moderno (televisores, magnetoscopios, automóviles, etc.) en un país en el que esos servicios sean más o menos generales (a diferencia de lo que se necesitaría en los países menos ricos), y eso provoca tensiones a las personas relativamente pobres que viven en los países ricos incluso cuando tienen un nivel de renta mucho más alto que el de los habitantes de países menos opulentos.¹⁰ De hecho, el fenómeno paradójico del hambre de los países ricos—incluso de Estados Unidos— tiene algo que ver con la exigencia de realizar estos gastos.¹¹

Lo que hace la perspectiva de las capacidades en el análisis de la pobreza es contribuir a comprender mejor la naturaleza y las causas de la pobreza y la privación, trasladando la atención principal de los *medios* (y de un determinado medio que suele ser objeto de una atención exclusiva, a saber, la renta) a los *finés* que los individuos tienen razones para perseguir y, por lo tanto, a las *libertades* necesarias para poder satisfacer estos fines. Los ejemplos que examinamos con brevedad aquí ilustran la aportación de esta extensión básica. Las privaciones se consideran en un nivel más fundamental, más cercano a las demandas informativas de justicia social. De ahí la importancia de la perspectiva de la pobreza basada en las capacidades.

LA POBREZA DE RENTA Y LA POBREZA DE CAPACIDADES

Aunque es importante distinguir conceptualmente el término pobreza como la falta de capacidades del término pobreza como la falta de renta, las dos perspectivas están de manera inevitable relacionadas, ya que la renta es un importante medio para tener capacidades. Y como un aumento de las capacidades de una persona para vivir tendería normalmente a aumentar su capacidad para ser más productiva y percibir una renta más alta, también sería de esperar que exis-

tiera una conexión entre la mejora de las capacidades y el aumento del poder de obtener ingresos que fuera de la primera al segundo y no sólo al revés.

La segunda conexión puede ser muy importante para erradicar la pobreza de renta. Por ejemplo, la mejora de la educación básica y de la asistencia sanitaria no sólo aumenta la calidad de vida directamente sino también la capacidad de una persona para ganar una renta y librarse, asimismo, de la pobreza de renta. Cuanto mayor sea la cobertura de la educación básica y de la asistencia sanitaria, más probable es que incluso las personas potencialmente pobres tengan más oportunidades de vencer la miseria.

La importancia de esta conexión ha sido objeto de especial atención en el estudio sobre la India que hemos realizado hace poco en colaboración con Jean Drèze y que trata sobre las reformas económicas.¹² Éstas han brindado de muchas formas oportunidades económicas a la población india suprimidas por el excesivo control y por las limitaciones de lo que dio en llamarse «imperio de las licencias».¹³ Y, sin embargo, la oportunidad de aprovechar las nuevas posibilidades no es independiente de la preparación social que tienen los diferentes sectores de la comunidad india. Aunque las reformas deberían haberse realizado mucho antes, podrían ser mucho más productivas si hubiera servicios sociales que permitieran a todos los segmentos de la comunidad aprovechar las oportunidades económicas. De hecho, muchas economías asiáticas —primero Japón y después Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur y, más tarde, la China posterior a la reforma y Tailandia y otros países del Este y el Sureste asiáticos— han conseguido difundir notablemente las oportunidades económicas gracias a una base social favorable, que ha proporcionado el apoyo suficiente, y en la que figura el elevado porcentaje de personas que saben leer y escribir, calcular y que tienen una educación básica; la buena asistencia sanitaria general; unas reformas agrarias completas, etc. La lección de la apertura de la economía y de la importancia del comercio se ha aprendido más fácilmente en la India que el resto del mensaje procedente de la misma región del sol naciente.¹⁴

La India es, desde luego, muy diversa en lo que a desarrollo humano se refiere; unas regiones (sobre todo Kerala) tienen unos nive-

les de educación, asistencia sanitaria y reforma agraria mucho más altos que otros (sobre todo Bihar, Uttar Pradesh, Rajasthan y Madhya Pradesh). Las limitaciones han adoptado diferentes formas en los distintos estados. Puede decirse que Kerala ha padecido lo que hasta hace poco eran medidas bastante contrarias al mercado y un profundo recelo hacia la expansión económica sin control basada en el mercado, por lo que sus recursos humanos no se han utilizado para difundir el crecimiento económico tanto como podrían haberse utilizado con una estrategia económica más complementaria, que se está intentando actualmente. Por otra parte, algunos de los estados del norte han sufrido un bajo nivel de desarrollo social con diversos grados de control y de oportunidades basadas en el mercado. Es sumamente necesario comprender la importancia de la complementariedad para resolver las diversas deficiencias.

Resulta interesante, sin embargo, el hecho de que, a pesar de que el crecimiento económico ha sido bastante moderado, Kerala parece que ha reducido la pobreza de renta a un ritmo más rápido que cualquier otro estado de la India.¹⁵ Aunque algunos estados han reducido la pobreza de renta por medio de un elevado crecimiento económico (Punjab es el ejemplo más notable), Kerala ha conseguido reducir la miseria basándose principalmente en la expansión de la educación básica, la asistencia sanitaria y una distribución equitativa de la tierra.

Aunque merece la pena hacer hincapié en estas conexiones entre la pobreza de renta y la pobreza de capacidades, también es importante no perder de vista el hecho básico de que la mera reducción de la pobreza de renta no puede ser la motivación última de la política de lucha contra la pobreza. Se corre el peligro de concebir la pobreza en el sentido estricto de privación de renta y justificar entonces la inversión en educación, asistencia sanitaria, etc., alegando que son buenos medios para conseguir el fin de reducir la pobreza de renta. Eso sería confundir los fines con los medios. Las cuestiones fundamentales básicas nos obligan, por razones ya analizadas, a comprender la pobreza y la privación desde el punto de vista de la vida que pueden llevar realmente los individuos y de las libertades que tienen en realidad. La expansión de las capacidades humanas encaja de manera directa en estas consideraciones básicas. Sucede que la mejora

de las capacidades humanas también tiende a ir acompañada de un aumento de las productividades y del poder para obtener ingresos. Esa conexión establece una importante relación indirecta a través de la cual la mejora de las capacidades contribuye tanto directa como indirectamente a enriquecer la vida del hombre y a conseguir que las privaciones sean un fenómeno más raro y menos grave. Las conexiones instrumentales, por importantes que sean, no pueden sustituir a la necesidad de comprender, en lo básico, la naturaleza y las características de la pobreza.

¿DESIGUALDAD DE QUÉ?

El tratamiento de la desigualdad en una evaluación económica y social plantea numerosos dilemas. Las desigualdades considerables suelen ser difíciles de defender partiendo de modelos de la «justicia». La preocupación de Adam Smith por los intereses de los pobres (y su indignación ante la tendencia a descuidar esos intereses) estaba relacionada naturalmente con su uso de un recurso imaginativo parecido a un «espectador imparcial», una investigación que ofrece ideas trascendentales sobre la necesidad de considerar la justicia cuando se realizan valoraciones sociales.¹⁶ Asimismo, la idea de John Rawls de la «justicia como equidad», que se basa en lo que es de esperar que elijan los individuos en una «posición inicial» hipotética en la que aún no saben qué van a ser, permite comprender mejor las demandas de equidad y genera los rasgos contrarios a la desigualdad que son característicos de sus «principios de la justicia».¹⁷ Las desigualdades patentes en las instituciones sociales también pueden ser difíciles de justificar alegando que son razonables para los miembros reales de la sociedad (por ejemplo, cuando se plantean argumentos a favor de estas desigualdades que otros «no pueden rechazar razonablemente»: criterio que Thomas Scanlon ha propuesto —y ha utilizado decididamente— para realizar evaluaciones éticas).¹⁸ Es cierto que las desigualdades graves no son socialmente atractivas, y algunos sostendrían que las desigualdades de capital importancia pueden ser bárbaras. Además, la sensación de desigualdad también puede erosionar la cohesión social, y algunos tipos de desi-

gualdades pueden hacer que resulte difícil conseguir incluso la eficiencia.

Y, sin embargo, los intentos de erradicar la desigualdad pueden provocar en muchas circunstancias una pérdida a la mayoría y a veces incluso a todos. Este tipo de conflicto puede ser leve o grave dependiendo de las circunstancias exactas. Los modelos de justicia —en los que hay un «espectador imparcial», una «posición inicial» o la inexistencia de un rechazo razonable— tienen que prestar atención a estas consideraciones.

Como cabría esperar, el conflicto entre las consideraciones agregadas y las distributivas ha sido objeto de considerable atención por parte de los economistas. Está bien que sea así, puesto que se trata de una importante cuestión.¹⁹ Se han sugerido muchas fórmulas de compromiso para evaluar los logros sociales prestando atención simultáneamente a las consideraciones agregadas y a las distributivas. Un buen ejemplo es la «renta equivalente correspondiente a una distribución igualitaria» de A. B. Atkinson, concepto que reduce el valor calculado de la renta agregada de acuerdo con el grado de desigualdad de la distribución de la renta y en el que la disyuntiva entre los aspectos agregados y los distributivos viene dada por la elección de un parámetro que refleja nuestra valoración ética.²⁰

Existe, sin embargo, otra clase de conflictos que está relacionada con la elección del «espacio» —o sea, de la variable en función de la cual ha de evaluarse y estudiarse la desigualdad—, y esta cuestión guarda relación con el tema del capítulo anterior. La desigualdad de la renta puede ser muy diferente de la desigualdad en algunos otros «espacios» (es decir, en función de otras variables relevantes), como el bienestar, la libertad y diferentes aspectos de la calidad de vida (incluida la salud y la longevidad). E incluso los logros agregados adoptarían diferentes formas dependiendo del espacio en el que se realizara la composición o la agregación (por ejemplo, la ordenación de las sociedades en función de su renta media puede ser diferente de su ordenación en función de sus condiciones sanitarias medias).

El contraste entre las diferentes perspectivas de la renta y de la capacidad tiene una relación directa con el espacio en el que ha de examinarse la desigualdad y la eficiencia. Por ejemplo, una persona que tenga una renta alta, pero no disponga de ninguna oportunidad

de participación política, no es «pobre» en el sentido habitual del término, pero es claramente pobre en el sentido de que le falta una importante libertad. Una persona que sea más rica que casi todas las demás pero padezca una enfermedad cuyo tratamiento sea muy caro, evidentemente es pobre en un importante sentido, aun cuando no se considere como tal en las estadísticas habituales de la distribución de la renta. Una persona a la que se le niegue la oportunidad de trabajar pero reciba una limosna del Estado en forma de «prestación por desempleo», quizá parezca mucho menos pobre en el espacio de las rentas que desde el punto de vista de la valiosa —y valorada— oportunidad de tener una ocupación que le haga sentirse realizada. Dado que la cuestión del paro es especialmente importante en algunas regiones del mundo (incluida la Europa moderna), ésta es otra área en la que es urgente apreciar el contraste que existe entre la perspectiva de la renta y la perspectiva de la capacidad en el contexto de la evaluación de la desigualdad.

PARO Y PRIVACIÓN DE CAPACIDADES

Es fácil mostrar con ejemplos que tienen alguna importancia práctica el hecho de que las valoraciones de la desigualdad en el espacio de las rentas pueden ser muy diferentes de las valoraciones relacionadas con importantes capacidades. En Europa, este contraste es especialmente significativo debido al elevado nivel de paro que padece en la actualidad.²¹ La pérdida de renta causada por el paro puede compensarse en gran medida por medio de ayudas (como las prestaciones por desempleo), como ocurre en la Europa occidental. Si lo único que entrañara el paro fuera la pérdida de renta, esa pérdida podría resolverse en gran medida —en el caso de las personas afectadas— por medio de ayudas (hay, por supuesto, otra cuestión que son los costes sociales de la carga fiscal de estas ayudas y las consecuencias que tienen éstas para los incentivos). Sin embargo, si el paro produce otros efectos graves en la vida de los individuos, causando otros tipos de privaciones, la mejora que conseguirían estas ayudas sería limitada en este sentido. Existen abundantes pruebas de que el paro produce muchos efectos trascendentales, además de la pérdida

de renta; entre ellos se encuentran los daños psicológicos, la pérdida de motivación para trabajar, de cualificaciones y de confianza en uno mismo, el aumento de las enfermedades y de la morbilidad (e incluso de las tasas de mortalidad), la perturbación de las relaciones familiares y de la vida social, el aumento de la exclusión social y el empeoramiento de las tensiones sociales y de las asimetrías entre los sexos.²²

Dado el enorme nivel de paro existente en las economías europeas modernas, puede ser especialmente engañoso centrar la atención sólo en la desigualdad de la renta. De hecho, se puede decir que en la actualidad el enorme nivel de paro existente en Europa constituye al menos una cuestión de desigualdad tan importante por sí misma como la propia distribución de la renta. Centrando exclusivamente la atención en la desigualdad de la renta se tiende a dar la impresión de que la Europa occidental ha conseguido mucho mejor que Estados Unidos mantener en un bajo nivel la desigualdad y evitar el aumento de la desigualdad de la renta que ha experimentado Estados Unidos. En el espacio de las rentas, Europa tiene, de hecho, un historial mejor tanto en lo que se refiere a los niveles de desigualdad como en lo que se refiere a sus tendencias, como lo demuestra la minuciosa investigación publicada en el estudio de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) realizado por A. B. Atkinson, Lee Rainwater y Timothy Smeeding.²³ No sólo son los indicadores habituales de la desigualdad de la renta mayores en Estados Unidos que en la Europa occidental en su conjunto, sino que, además, la desigualdad de la renta ha aumentado en Estados Unidos mucho más que en la mayoría de los países de la Europa occidental.

Y sin embargo, si observamos el paro en lugar de la renta, el panorama es muy diferente. El paro ha aumentado de forma espectacular en la mayor parte de la Europa occidental, mientras que en Estados Unidos no se ha registrado esa tendencia. Por ejemplo, en el período 1965-1973, la tasa de paro fue del 4,5 % en Estados Unidos, mientras que en Italia fue del 5,8, en Francia del 2,3 y en la Alemania occidental inferior al 1 %. En la actualidad, los tres países —Italia, Francia y Alemania— tienen unas tasas de paro que oscilan en torno al 10 o 12 %, mientras que Estados Unidos sigue teniendo una tasa

de paro del orden del 4 o 5 %. Si el paro afecta a la vida de las personas, hay que tenerlo en cuenta de alguna manera en el análisis de la desigualdad económica. Las tendencias comparativas de la desigualdad de la *renta* dan a Europa una excusa para la autocomplacencia, pero esa autocomplacencia puede ser muy engañosa si se adopta una concepción más amplia de la desigualdad.²⁴

El contraste entre la Europa occidental y Estados Unidos plantea otra cuestión interesante y, en cierto sentido, más general. Parece que para la ética social estadounidense es posible no ayudar a los indigentes y a los pobres, algo que a un ciudadano representativo de la Europa occidental, que ha crecido en el Estado del bienestar, le resulta difícil aceptar. Pero a esa misma ética social estadounidense le resultarían intolerables los niveles de paro de dos dígitos habituales en Europa. Ésta ha continuado aceptando la falta de trabajo —y su aumento— con notable ecuanimidad. Tras este contraste se encuentra una diferencia de actitud hacia las responsabilidades sociales e individuales, cuestión de la que volveremos a ocuparnos.

ASISTENCIA SANITARIA Y MORTALIDAD: LA ACTITUD DE ESTADOS UNIDOS Y DE EUROPA

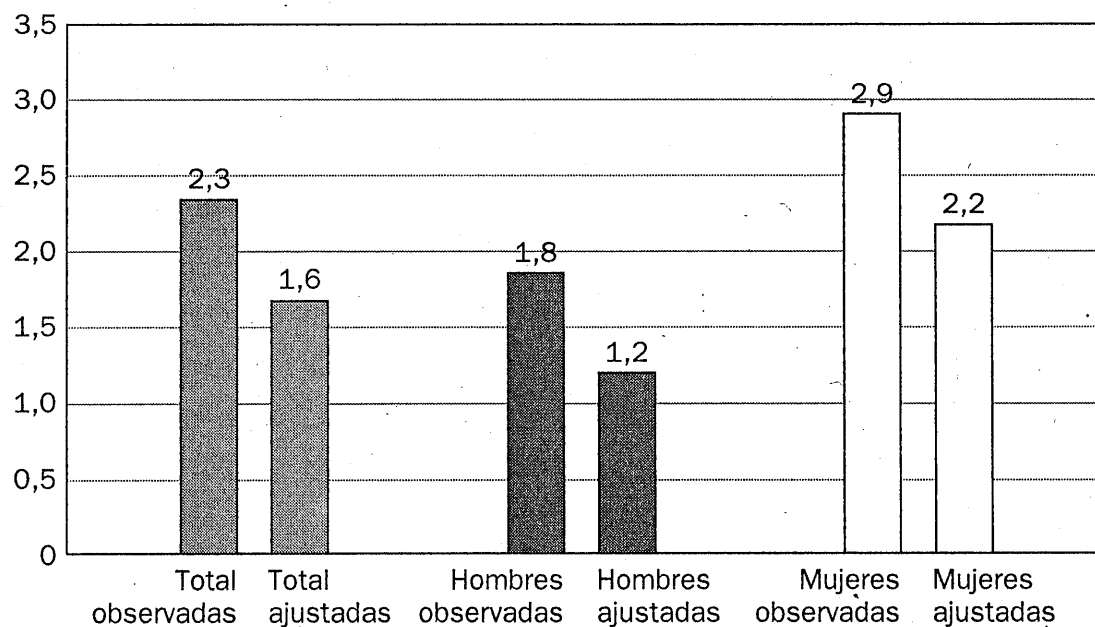
La desigualdad existente en Estados Unidos entre los diferentes grupos raciales ha sido objeto de una considerable atención hace poco tiempo. Por ejemplo, en el espacio de las rentas, los afroamericanos son claramente más pobres que los blancos americanos. Muchas veces se considera que esta diferencia es un ejemplo de privación *relativa* de los afroamericanos dentro del país, pero no en comparación con las personas más pobres del resto del mundo. De hecho, los afroamericanos pueden muy bien ser mucho más ricos en cuanto a renta, incluso después de tener en cuenta las diferencias de precios, que la población de los países del Tercer Mundo. Desde este punto de vista, las privaciones de los negros americanos parecen insignificantes desde una perspectiva internacional.

Pero ¿es la renta el espacio correcto para realizar esas comparaciones? ¿Qué ocurre con la capacidad básica para vivir hasta alcanzar la edad adulta sin sucumbir a una muerte prematura? Como señala-

mos en el capítulo 1, según ese criterio los hombres afroamericanos se encuentran en mucha peor situación que los hombres inmensamente más pobres de China o del estado indio de Kerala (véase el gráfico 1.1 de la p. 39), así como de Sri Lanka, Costa Rica, Jamaica y muchas otras economías pobres. A veces se supone que las tasas de mortalidad considerablemente altas de los afroamericanos sólo afectan a los varones y, de nuevo, sólo a los varones más jóvenes, debido al elevado nivel de violencia. El número de muertes causadas por la violencia es, de hecho, alto en el caso de los varones negros jóvenes, pero eso no lo explica todo. De hecho, como muestra el gráfico 1.2 (p. 40), las mujeres negras no sólo se encuentran en peor situación que las mujeres blancas en Estados Unidos, sino también en peor situación que las mujeres indias de Kerala, y les falta poco para encontrarse también en peor situación que las chinas. También puede observarse en el gráfico 1.1 que los *hombres* negros americanos continúan perdiendo terreno frente a los chinos y a los indios a medida que pasa el tiempo, mucho después de superar las edades jóvenes en las que es frecuente la muerte violenta. Necesitamos más explicaciones que las que pueden suministrar las muertes causadas por la violencia.

De hecho, incluso en los grupos de más edad (por ejemplo, en el grupo de edad comprendido entre los treinta y cinco y los sesenta y cuatro años) existen pruebas de que la mortalidad es mucho mayor en el caso de los hombres negros que en el de los blancos y en el de las mujeres negras que en el de las blancas. Y estas diferencias no desaparecen cuando se introducen ajustes para tener en cuenta las diferencias de renta. De hecho, uno de los estudios médicos más minuciosos sobre los años ochenta muestra que la diferencia entre la tasa de mortalidad de los negros y la de los blancos es notable en el caso de las mujeres, aun teniendo en cuenta las diferencias de renta. El gráfico 4.1, en la página siguiente, muestra los cocientes entre las tasas de mortalidad de los negros y de los blancos del país en su conjunto (basadas en una encuesta por muestreo).²⁵ Según esta encuesta, mientras que la tasa de mortalidad de los hombres negros americanos es 1,8 veces mayor que la tasa de los hombres blancos, la de las mujeres negras es casi el triple de la tasa de las mujeres blancas. Y una vez que se realizan ajustes para tener en cuenta las diferencias de renta familiar, mientras que la tasa de mortalidad de los hombres ne-

GRÁFICO 4.1. *Cocientes entre las tasas de mortalidad de los negros y las de los blancos (35-54 años) observadas y ajustadas para tener en cuenta la renta familiar*



Fuentes: M. W. Owen, S. M. Teutsch, D. F. Williamson y J. S. Marks, «The Effects of Known Risk Factors on the Excess Mortality of Blacks Adults in the United States», *Journal of the American Medical Association*, 263, núm. 6 (9 de febrero de 1990).

gros es 1,2 veces mayor, la de las mujeres negras es nada menos que 2,2 veces mayor. Parece, pues, que en Estados Unidos, incluso teniendo totalmente en cuenta los niveles de renta, en la actualidad la proporción de mujeres negras que mueren jóvenes es mucho mayor que la de mujeres blancas.

La introducción en la base de información no sólo de la renta sino también de las capacidades básicas nos permite comprender muchísimo mejor la desigualdad y la pobreza. Cuando centramos la atención en la capacidad para tener trabajo y en las ventajas que se derivan de él, el panorama europeo parecía bastante sombrío; sin embargo, cuando nos fijamos en la capacidad para sobrevivir, el grado de desigualdad existente en Estados Unidos parece enorme. Tras estas diferencias y las respectivas prioridades de la política económica y social relacionadas con ellas, puede existir un importante contraste entre las actitudes de los dos lados del Atlántico hacia las responsabilidades sociales e individuales. En las prioridades oficiales de

Estados Unidos apenas existe el compromiso de suministrar asistencia médica básica a todos, y parece que muchos millones de personas (de hecho, más de 40 millones) carecen de cobertura o seguro médico. Aunque puede que una proporción considerable de estas personas no tenga un seguro porque no quiere, la inmensa mayoría carece, en realidad, de la capacidad necesaria para tener un seguro médico debido a las circunstancias económicas y, en algunos casos, debido a que padece afecciones de las que huyen las aseguradoras privadas. En Europa, donde se considera que la cobertura médica es un derecho básico de los ciudadanos independientemente de sus medios y de las enfermedades que ya padezcan, en principio sería intolerable desde el punto de vista político una situación parecida. Las restricciones a las que está sometida en Estados Unidos la ayuda pública destinada a los enfermos y a los pobres son demasiado rigurosas para que resulten aceptables en Europa, y lo mismo ocurre con el compromiso social de ofrecer servicios públicos, que van desde la asistencia sanitaria hasta la educación, que el Estado del bienestar europeo da por sentados.

Por otra parte, las tasas de paro de dos dígitos que se toleran actualmente en Europa serían con toda probabilidad (como se ha señalado antes) dinamita política en Estados Unidos, ya que unas tasas de paro de esa magnitud serían una burla para la capacidad de los individuos para ayudarse a sí mismos. Creemos que ningún gobierno de Estados Unidos podría salir ileso de la duplicación del nivel actual de paro, con la que, por cierto, la tasa de paro de Estados Unidos aún seguiría siendo inferior a la de Italia, Francia o Alemania. Parece que la naturaleza de los respectivos compromisos políticos —y la falta de ellos— es radicalmente diferente en Europa y Estados Unidos, y las diferencias están muy relacionadas con la concepción de la desigualdad como la privación de capacidades básicas.

POBREZA Y PRIVACIÓN EN LA INDIA Y EN EL ÁFRICA SUBSAHARIANA

La pobreza extrema está muy concentrada en dos regiones del mundo: el sur de Asia y el África subsahariana. Estas dos regiones tienen uno de los niveles de renta per cápita más bajo de todo el mundo,

pero esa perspectiva no nos da suficiente idea del tipo y el contenido de sus respectivas privaciones ni de su pobreza relativa. Si la pobreza se concibe, más bien, como la privación de capacidades básicas, es posible hacerse una idea más esclarecedora examinando la información sobre algunos aspectos de la vida de estas regiones del mundo.²⁶ A continuación intentamos presentar un breve análisis, basado en un estudio realizado en colaboración con Jean Drèze y en dos estudios posteriores de este autor.²⁷

Alrededor de 1991 había cincuenta y dos países en los que la esperanza de vida al nacer no llegaba a los sesenta años; esos países tenían una población conjunta de 1 690 millones de personas.²⁸ Cuarenta y seis se encuentran en el sur de Asia y en el África subsahariana, y sólo seis fuera de estas dos regiones (a saber, Afganistán, Camboya, Haití, Laos, Papúa y Nueva Guinea y Yemen), cuya población conjunta no representa más que un 3,5 % de la población total (1 690 millones) de los cincuenta y dos países que tienen una baja esperanza de vida. *Todo* el sur de Asia, salvo Sri Lanka (es decir, la India, Pakistán, Bangla Desh, Nepal y Bután), y *toda* el África subsahariana, salvo Sudáfrica, Zimbabwe, Lesotho, Botswana y una serie de pequeñas islas (Mauricio y las Seychelles), pertenecen al grupo de los otros cuarenta y seis países que tienen una baja esperanza de vida. Como es lógico, existen diferencias *dentro* de cada país. Los segmentos bien situados de la población del sur de Asia y del África subsahariana disfrutaban de una larga longevidad y, como hemos señalado antes, una parte de la población de los países que tienen incluso una esperanza de vida media muy alta (como Estados Unidos) puede tener problemas de supervivencia parecidos a los del Tercer Mundo (por ejemplo, los hombres negros americanos que viven en ciudades como Nueva York, San Francisco, San Luis o Washington, D.C., tienen una esperanza de vida muy inferior al tope considerado de sesenta años).²⁹ Pero desde el punto de vista de las medias nacionales, el sur de Asia y el África subsahariana destacan, de hecho, por ser las regiones en las que está concentrada en el mundo actual la vida breve y precaria.

De hecho, sólo la India representa más de la mitad de la población conjunta de estos cincuenta y dos países pobres. No es en absoluto el país que se encuentra en peor situación, en promedio (de hecho, la

CUADRO 4.1. India y África subsahariana, algunas comparaciones (1991)

		Comparaciones entre las tasas de mortalidad infantil			Comparaciones entre los porcentajes de adultos que saben leer y escribir		
	Región	Población (millones)	Tasa de mortalidad infantil (por 1000 nacidos vivos)	Región	Población (millones)	Porcentaje de adultos que saben leer y escribir* (mujeres/hombres)	
INDIA	India	846,3	80	India	846,3	39/64	
Tres «peores» estados indios	Orissa	31,7	124	Rajasthan	44,0	20/55	
	Madhya Pradesh	66,2	117	Bihar	86,4	23/52	
	Uttar Pradesh	139,1	97	Uttar Pradesh	139,1	25/56	
«Peor» distrito de cada uno de los «peores» estados indios	Granjam (Orissa)	3,2	164	Barmer (Rajasthan)	1,4	8/37	
	Tikangarh (Madhya Pradesh)	0,9	152	Kishanganj (Bihar)	1,0	10/33	
	Hardoi (Uttar Pradesh)	2,7	129	Bahraich (Uttar Pradesh)	2,8	11/36	
Tres «peores» países del África subsahariana	Mali	8,7	161	Burkina Faso	9,2	10/31	
	Mozambique	16,1	149	Sierra Leona	4,3	12/35	
	Guinea-Bissau	1,0	148	Benin	4,8	17/35	
ÁFRICA SUBSAHARIANA	África subsahariana	488,9	104	África subsahariana	488,9	40/63	

Nota: La edad mínima considerada es de 15 años en el caso de las cifras de África y 7 en el de las cifras de la India. Obsérvese que en la India, el porcentaje de personas de 7 años o más que saben leer y escribir es mayor que el de las personas de 15 años o más (por ejemplo, el porcentaje de personas de 7 años o más era en 1981 del 43,6 %, mientras que el de las personas de 15 años o más era del 40,8 %).

Fuente: J. Drèze y A. Sen, *India: Economic Development and Social Opportunity*, Oxford University Press, Delhi, 1995, cuadro 3.1.

esperanza de vida media de la India es muy cercana a los sesenta años y, según las estadísticas más recientes, acaba de superar esa edad), pero existen grandes diferencias entre las condiciones de vida regionales *dentro* de ese país. Algunas regiones (que tienen una población tan grande como —o mayor que— la de la mayoría de los países del mundo) se encuentran en tan mala situación como los países cuya situación es peor. Es posible que la India obtenga unos resultados significativamente mejores, en promedio, que, por ejemplo, los países que obtienen los peores (como Etiopía o Zaire, llamado ahora República Democrática del Congo) en lo que a esperanza de vida y otros indicadores se refiere, pero existen grandes zonas dentro de la India en las que la esperanza de vida y otras condiciones de vida básicas no son muy diferentes de las que se observan en estos países más pobres.³⁰

En el cuadro 4.1 comparamos la tasa de *mortalidad infantil* y el porcentaje de *adultos que saben leer y escribir* de las regiones menos desarrolladas del África subsahariana y de la India.³¹ Presentamos las estimaciones de estas dos variables correspondientes a 1991 no sólo de la India y del África subsahariana en su conjunto (primera y última fila), sino también de los tres países del África subsahariana que tienen peores resultados, de los tres estados indios que tienen peores resultados y de los distritos de cada uno de estos tres estados que tienen peores resultados. Es notable el hecho de que no haya ningún país en el África subsahariana —o, de hecho, en el mundo— en el que las tasas estimadas de mortalidad infantil sean tan altas como en el distrito de Ganjam, situado en Orissa, o en el que el porcentaje de mujeres adultas que saben leer y escribir sea tan bajo como en el distrito de Barmer, situado en Rajasthan. Cada uno de estos dos distritos tiene, por cierto, una población superior a Botswana o Namibia y una población conjunta superior a la de Sierra Leona, Nicaragua o Irlanda. De hecho, algunos estados enteros como Uttar Pradesh (cuya población es tan grande como la de Brasil o Rusia) ni siquiera obtienen unos resultados mucho mejores que los países subsaharianos que tienen los peores resultados en lo que se refiere a estos indicadores básicos de la calidad de vida.³²

Es interesante el hecho de que si consideramos la India y el África subsahariana en su conjunto, observamos que las dos regiones no son muy diferentes en lo que se refiere al porcentaje de personas que

saben leer y escribir o a la mortalidad infantil. Sin embargo, se diferencian en la esperanza de vida. En la India, la esperanza de vida era de unos sesenta años alrededor de 1991, mientras que en el África subsahariana era muy inferior a esa cifra (alrededor de cincuenta y dos años, en promedio).³³ En cambio, existen abundantes pruebas de que el grado de desnutrición es mucho mayor en la India que en el África subsahariana.³⁴

Existe, pues, un interesante contraste entre la India y el África subsahariana según los diferentes criterios de 1) la mortalidad y 2) la nutrición. La ventaja de la India en lo que se refiere a supervivencia se observa no sólo comparando la esperanza de vida sino también otras estadísticas sobre la mortalidad. Por ejemplo, en la India la edad mediana de muerte era de alrededor de treinta y siete años hacia 1991; compárese esta cifra con la media ponderada (de la edad mediana de muerte) del África subsahariana de cinco años solamente.³⁵ De hecho, al menos en cinco países africanos, la edad mediana de muerte era de tres años o menos. El problema de la mortalidad prematura, visto desde esta perspectiva, es muchísimo más grave en África que en la India.

Pero el saldo de desventajas es muy diferente si observamos el grado de *desnutrición* existente en la India en comparación con África. Las cifras de la desnutrición general son, en promedio, mucho más altas en la India que en el África subsahariana,³⁶ a pesar de que es la India, más que el África subsahariana, la que se autoabastece de alimentos. El «autoabastecimiento» de la India se basa en la satisfacción de la demanda de mercado, que en años normales puede satisfacerse fácilmente con las existencias producidas dentro del país. Pero la demanda de mercado (basada en el poder adquisitivo) subestima las necesidades de alimentos. Da la impresión de que la desnutrición real es mucho mayor en la India que en el África subsahariana. Según los criterios habituales del retraso de peso por edades, en África la proporción de niños desnutridos oscila entre el 20 y el 40 %, mientras que en la India es nada menos que de entre el 40 y el 60 %.³⁷ Parece que alrededor de la mitad de todos los niños indios está crónicamente desnutrida. Aunque los indios viven más que los africanos subsaharianos y tienen una edad mediana de muerte mucho mayor que la de los africanos, en la India hay muchos más niños

desnutridos que en el África subsahariana, no sólo en términos absolutos sino también en porcentaje del total de niños.³⁸ Si a eso le añadimos el hecho de que la discriminación sexual en la muerte es un considerable problema en la India, pero no tanto en el África subsahariana, observamos que la situación es mucho menos favorable en la India que en África.³⁹

Existen importantes cuestiones de política económica y social relacionadas con la naturaleza y la complejidad de las respectivas pautas de privación de las dos regiones del mundo más afectadas por la pobreza. La ventaja de la India frente al África subsahariana en lo que se refiere a la supervivencia está relacionada con toda una variedad de factores que han hecho a los africanos propensos a la mortalidad prematura. Desde la independencia, la India se ha librado relativamente de las hambrunas y las grandes y persistentes guerras que han asolado de manera periódica un elevado número de países africanos. Los servicios sanitarios de la India —con todo lo insuficientes que son— se han visto menos superados por las conmociones políticas y militares. Por otra parte, muchos países de África subsahariana han experimentado un *declive* económico —relacionado en parte con las guerras, el malestar y los desórdenes políticos— que ha hecho que resultara difícil mejorar los niveles de vida. Una evaluación comparativa de los éxitos y los fracasos de las dos regiones tendría que tener en cuenta estos y otros aspectos de su respectivo desarrollo.⁴⁰

También debe señalarse que uno de los problemas que tienen en común la India y el África subsahariana es la persistencia de un analfabetismo endémico, característica que, al igual que la baja esperanza de vida, sitúa al sur de Asia y al África subsahariana al margen de casi todo el resto del mundo. Como muestra el cuadro 4.1, los porcentajes de personas que saben leer y escribir son muy similares en las dos regiones. Tanto en la India como en el África subsahariana casi todos los adultos son analfabetos.

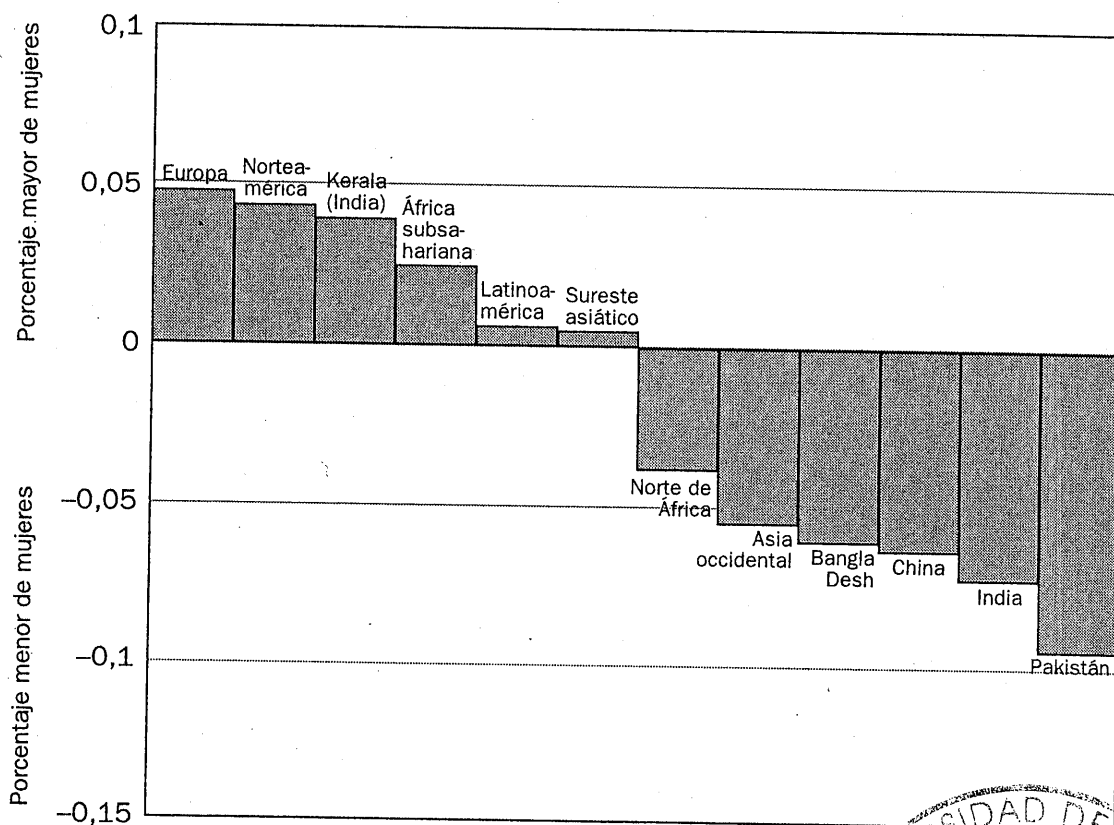
Las tres características centrales de la privación de capacidades básicas en las que hemos centrado la atención al comparar y contrastar la naturaleza de las privaciones de la India y del África subsahariana (a saber, la *mortalidad prematura*, la *desnutrición* y el *analfabetismo*) no dan, por supuesto, una visión exhaustiva de la pobreza c

capacidades existente en estas regiones. Sin embargo, muestran algunos fallos llamativos y algunas cuestiones fundamentales desde el punto de vista de la política económica y social que reclaman una atención inmediata. Tampoco hemos intentado elaborar una medida «agregada» de la privación, basada en la «ponderación» de los diferentes aspectos de la privación de capacidades.⁴¹ La elaboración de un agregado a menudo puede ser mucho menos interesante para analizar la política económica y social que la pauta fundamental de los diversos aspectos que lo componen.

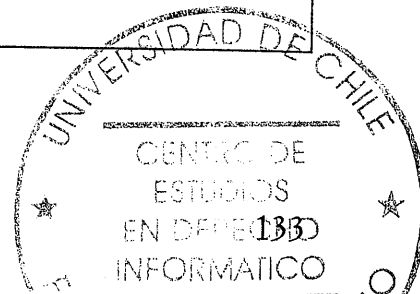
DESIGUALDAD SEXUAL Y MUJERES DESAPARECIDAS

A continuación pasamos a analizar un aspecto específico de la desigualdad general que ha sido objeto de una gran atención últimamente; este apartado se basa en mi artículo «Missing Women» publicado

GRÁFICO 4.2. *Cocientes entre la población femenina y la masculina en algunas comunidades*



Fuente: Calculado a partir de UN Population Statistics.



en la revista *British Medical Journal* en 1992.⁴² Nos referimos al terrible fenómeno de la excesiva mortalidad y de las tasas de supervivencia artificialmente más bajas de las mujeres de muchas partes del mundo. Se trata de un descarnado aspecto muy visible de la desigualdad sexual, que suele manifestarse de formas más sutiles y menos horribles. Pero a pesar de su crudeza, las tasas femeninas de mortalidad artificialmente más altas reflejan una importantísima privación de capacidades de las mujeres.

En Europa y Norteamérica, el número de mujeres tiende en general a ser considerablemente mayor que el de hombres. Por ejemplo, en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, el cociente entre las mujeres y los hombres es superior a 1,05. La situación es muy distinta en numerosos países del Tercer Mundo, sobre todo en Asia y el norte de África, donde el cociente entre las mujeres y los hombres puede llegar a ser sólo de 0,95 (Egipto), 0,94 (Bangla Desh, China, oeste de Asia), 0,93 (la India) o incluso 0,90 (Pakistán). Estas diferencias son importantes cuando se analizan las desigualdades sexuales en todo el mundo.⁴³ El gráfico 4.2 muestra esta información comparativa.

En realidad, en todo el mundo nacen más niños que niñas (normalmente un 5 % más). Pero existen abundantes pruebas de que las mujeres son «más fuertes» que los hombres y de que, recibiendo la misma atención, sobreviven mejor (de hecho, parece que incluso los fetos femeninos tienen una tasa de supervivencia mayor que la de los fetos masculinos; la proporción de fetos masculinos concebidos es incluso mayor que la de nacidos).⁴⁴ Es el hecho de que las tasas de mortalidad femeninas sean más bajas lo que explica que el cociente entre las mujeres y los hombres sea alto en «Occidente». Esta preponderancia de las mujeres también tiene otras causas. Las muertes de varones en guerras pasadas aún siguen dejándose sentir. Los hombres han fumado, en general, más que las mujeres y han sido más propensos a morir de forma violenta. Pero parece claro que incluso cuando se excluyen estos otros efectos, el número de mujeres tiende a ser mayor que el de hombres, a igualdad de atenciones.

Los bajos cocientes entre las mujeres y los hombres de algunos países de Asia y del norte de África indican la influencia de factores sociales. Es fácil ver que si estos países tuvieran el cociente entre las

mujeres y los hombres que tienen Europa y Estados Unidos, habría muchos más millones de mujeres en estos países (dado el número de hombres).⁴⁵ Sólo en China el número de «mujeres desaparecidas», calculado a partir del cociente europeo o americano, sobrepasaría los 50 millones y, según esa cifra, podemos considerar que en estos países en su conjunto hay mucho más de 100 millones de mujeres «desaparecidas».

Sin embargo, tal vez no sea correcto utilizar el cociente europeo o el americano, debido no sólo a características especiales como las muertes causadas por las guerras. Dado que las tasas de mortalidad femeninas de Europa y América son más bajas, el cociente entre las mujeres y los hombres aumenta gradualmente con la edad. En Asia o en el norte de África, sería de esperar que el cociente fuera más bajo debido en parte a que la esperanza general de vida es menor y la tasa de fecundidad es mayor. Una manera de abordar esta cuestión es tomar como base de comparación no el cociente de Europa o de América entre las mujeres y los hombres, sino el del África subsahariana, donde es pequeña la desventaja de las mujeres desde el punto de vista de las tasas de mortalidad relativas, pero donde la esperanza de vida no es tan grande y las tasas de fecundidad no son más bajas (sino todo lo contrario). Tomando como referencia el cociente del África subsahariana entre las mujeres y los hombres, que es igual a 1,022 (utilizado en mis estudios anteriores y en los que he realizado en colaboración con Jean Drèze), se obtiene una estimación de 44 millones de mujeres desaparecidas en China, 37 millones en la India y un total en estos países incluso muy superior a 100 millones.⁴⁶

Otra manera de abordar este problema es calcular el número esperado de mujeres que habría si éstas no tuvieran ninguna desventaja en cuanto a supervivencia, dada la esperanza real de vida y las tasas reales de fecundidad de estos países. No es fácil calcularlo directamente, pero Ansley Coale ha realizado esclarecedoras estimaciones utilizando tablas-modelo de población basadas en la experiencia histórica de los países «occidentales». Este procedimiento da una cifra de 29 millones de «mujeres desaparecidas» en China, 23 millones en la India y un total de unos 60 millones en estos países.⁴⁷ Aunque estas cifras son más bajas, también son enormes. Algunas estimaciones más recientes, basadas en datos históricos analizados más

detalladamente, han tendido a dar cifras bastante más altas (alrededor de 90 millones, según las estimaciones de Stephan Klasen).⁴⁸

¿Por qué son las tasas totales de mortalidad de las mujeres mayores que las de los hombres en estos países? Consideremos el caso de la India, donde la tasa de mortalidad por edades de las mujeres es sistemáticamente superior a la de los hombres hasta finales de los años treinta. Aunque el exceso de mortalidad en la edad de procreación puede deberse en parte a la mortalidad por maternidad (en el parto o poco después), no es posible atribuir a esa causa la desventaja femenina en lo que se refiere a la supervivencia en el período de la lactancia y en la niñez. A pesar de los inquietantes casos de infanticidio femenino de los que se habla de vez en cuando en la India, ese fenómeno, aunque presente, no puede explicar la magnitud de la mortalidad adicional ni su distribución por edades. Parece que el principal culpable es la relativa despreocupación por la salud y la nutrición de las mujeres, en especial —pero no exclusivamente— durante la niñez. Existen, de hecho, abundantes pruebas directas de que las niñas están desatendidas en lo que se refiere a asistencia sanitaria, hospitalización e incluso alimentación.⁴⁹

Aunque el caso indio se haya estudiado más que otros (hay más investigadores trabajando sobre esta cuestión en la India que en cualquier otro país), también se pueden encontrar en los demás países pruebas similares de la falta de atención relativa que sufren las niñas en lo que a salud y nutrición se refiere. En China, existen incluso algunas pruebas de que el grado de desatención ha aumentado de manera vertiginosa en los últimos años, sobre todo desde que se limitó obligatoriamente el número de hijos (como con la política de un solo hijo que existe en algunas partes del mundo) y se introdujeron otras reformas alrededor de 1979. También existen algunos indicios nuevos y de mal augurio en China, como el radical aumento del cociente declarado entre el número de nacimientos masculinos y el de nacimientos femeninos, muy alejado del resto del mundo. Es muy posible que indiquen que «están ocultándose» niñas recién nacidas (para evitar los rigores de la política de limitación obligatoria del número de hijos), pero tampoco es improbable que se deban a que la mortalidad infantil femenina es mayor, ya sea o no provocada (en una situación en la que los nuevos nacimientos y las nuevas muertes no se decla-

ran). Sin embargo, parece que recientemente el principal factor de la discriminación contra las mujeres en la composición de la familia son los abortos realizados según el sexo, práctica que se ha extendido mucho en China con el progreso de la tecnología.

OBSERVACIONES FINALES

Los economistas a veces son criticados por centrar la atención en exceso en la eficiencia y demasiado poco en la equidad. Es posible que existan algunos motivos para quejarse en este sentido, pero también debe señalarse que la desigualdad ha sido objeto de atención por parte de los economistas durante toda la historia de esta disciplina. A Adam Smith, que suele considerarse «el padre de la economía moderna», lo preocupaba profundamente el abismo que existía entre los ricos y los pobres (para más información sobre esta cuestión, véanse los capítulos 5 y 11). Algunos de los científicos sociales y filósofos responsables de hacer de la desigualdad un tema fundamental de debate público (como Karl Marx, John Stuart Mill, B. S. Rowntree y Hugh Dalton, por mencionar a autores que pertenecen a tradiciones generales muy distintas) eran, en cuanto a su principal dedicación, fervientes economistas, independientemente de lo que también pudieran ser. En los últimos años, ha florecido la economía de la desigualdad como disciplina, gracias sobre todo a autores como A. B. Atkinson.⁵⁰ Eso no quiere decir que no sea muy evidente en algunos trabajos de economía la concentración de la atención en la eficiencia y la exclusión de otras consideraciones, pero no se puede acusar a los economistas como grupo de abandonar la desigualdad como tema.

Si existe alguna razón para quejarse, ésta se halla más en la importancia que se concede, en una gran parte de la economía, a la desigualdad entendida en un sentido muy estricto, a saber, la *desigualdad de la renta*. Eso contribuye a que se dejen de lado otras formas de ver la desigualdad y la equidad, lo que tiene trascendentales consecuencias para la elaboración de la política económica. Los debates sobre la política económica y social se han distorsionado, de hecho, a causa del excesivo énfasis en la pobreza de renta y en la desigualdad de la renta y de la consiguiente despreocupación por privaciones

que están relacionadas con otras variables, como el paro, la falta de salud, la falta de educación y la exclusión social. Por desgracia, la identificación de la desigualdad económica con la desigualdad de la renta es bastante frecuente en economía, y las dos suelen considerarse, de hecho, sinónimas. Si le decimos a una persona que estamos trabajando sobre la desigualdad económica, normalmente supone que estamos estudiando la distribución de la renta.

Esta identificación implícita también puede encontrarse en cierta medida en la literatura filosófica. Por ejemplo, en su interesante e importante artículo «Equality as a Moral Ideal», Harry Frankfurt, destacado filósofo, critica de una manera razonada y convincente lo que denomina «igualitarismo económico» y que es, según este autor, «la doctrina según la cual no debe haber ninguna desigualdad en la distribución del dinero».⁵¹

Sin embargo, la distinción entre la desigualdad de la renta y la desigualdad económica es importante.⁵² Muchas de las críticas contra el igualitarismo económico como valor o como objetivo se aplican con mucha más facilidad al estricto concepto de desigualdad de la renta que a los conceptos más generales de desigualdad económica. Por ejemplo, es posible pensar que dar una proporción mayor de la renta a una persona que tiene más necesidades —debido, por ejemplo, a una incapacidad— va en contra del principio de la igualdad de las *rentas*, pero no va en contra de los preceptos más amplios de la igualdad económica, ya que cuando se valoran los requisitos de la igualdad económica, hay que tener en cuenta que esta persona necesita más recursos económicos a causa de su incapacidad.

Desde el punto de vista empírico, la relación entre la desigualdad de la renta y la desigualdad en otros espacios relevantes puede ser bastante distante y contingente debido a que hay diversos factores económicos, además de la renta, que afectan a las desigualdades de las ventajas individuales y las libertades fundamentales. Por ejemplo, en las tasas de mortalidad más altas de los afroamericanos frente a los chinos o los indios de Kerala, que son mucho más pobres, observamos la influencia de factores que van en sentido contrario a la desigualdad de la renta y que implican cuestiones relacionadas con la política económica y social que tienen importantes componentes económicos: la financiación de la sanidad y los seguros médicos, la

provisión de educación pública, las instituciones que velan por la seguridad local, etc.

Las diferencias entre las tasas de mortalidad pueden servir, de hecho, de indicador de la existencia de profundas injusticias que dividen a las razas, las clases y los sexos, como ponen de relieve las diversas ilustraciones de este capítulo. Por ejemplo, las estimaciones de las «mujeres desaparecidas» muestran el notable grado de desventaja que padecen las mujeres en muchas partes del mundo moderno de una forma que otras estadísticas no pueden reflejar suficientemente. Además, dado que las rentas que ganan los miembros de esa misma familia son compartidas por otros miembros de la familia, no podemos analizar la desigualdad sexual basándonos en las diferencias de renta. Necesitamos mucha más información de la que existe sobre el reparto de los recursos en el seno de la familia para tener una idea más clara de las desigualdades económicas. Sin embargo, las estadísticas sobre las tasas de mortalidad, así como sobre otras privaciones (entre ellas, la desnutrición o el analfabetismo), pueden mostrar directamente un panorama de algunas dimensiones fundamentales de la desigualdad y de la pobreza. Esta información también puede utilizarse para relacionar el grado de privación relativa de las mujeres con la desigualdad de oportunidades existente (en lo que se refiere a percibir renta fuera del hogar, asistir a la escuela, etc.). Por consiguiente, tanto las cuestiones descriptivas como las cuestiones relacionadas con la política económica y social pueden abordarse desde esta perspectiva más amplia de la desigualdad y la pobreza basada en la privación de capacidades.

A pesar del papel fundamental que desempeñan las rentas en las ventajas de que disfrutan los diferentes individuos, la relación entre la renta (y otros recursos), por una parte, y los logros y libertades individuales, por otra, ni es constante ni en modo alguno automática e irresistible. Hay diferentes tipos de contingencias que alteran sistemáticamente la «conversión» de las rentas en las distintas «funciones» que podemos lograr, y eso afecta a los estilos de vida que podemos disfrutar. Hemos tratado de ilustrar en este capítulo las diferentes formas en que puede cambiar sistemáticamente la relación entre las rentas ganadas y las libertades fundamentales (en forma de capacidades para llevar la vida que los individuos tienen razones

para valorar). Los respectivos papeles de las heterogeneidades personales, las diferencias de medio ambiente, las diferencias de clima social, las diferencias en cuanto a las perspectivas relacionales y las distribuciones de los recursos dentro de la familia tienen que recibir la atención que se merecen en la elaboración de la política económica y social.

A veces se dice que la renta es una magnitud homogénea, mientras que las capacidades son diversas. Este claro contraste no es totalmente correcto, ya que cualquier evaluación de la renta oculta diversidades internas con algunos supuestos especiales y a menudo heroicos.⁵³ Además (como hemos señalado en el capítulo 3), las comparaciones interpersonales de la renta real no nos permiten hacer comparaciones interpersonales ni siquiera de la utilidad (si bien esa imposibilidad suele pasarse por alto en la economía aplicada del bienestar, imponiendo supuestos arbitrarios). Para obtener a partir de la comparación de los medios en forma de diferencias de renta algo que pueda decirse que es valioso en sí mismo (como el bienestar o la libertad), hay que tener en cuenta las diferencias circunstanciales que afectan a las tasas de conversión. Es difícil respaldar la presuposición de que el enfoque de la comparación de las rentas es una manera más «práctica» de llegar a las diferencias entre las ventajas de las distintas personas.

Hemos afirmado, además, que la necesidad de analizar la valoración de las diversas capacidades en función de las prioridades públicas es un activo, que nos obliga a dejar claro cuáles son los juicios de valor en un terreno en el que no es posible —ni se debe evitar— la realización de juicios de valor. De hecho, la participación pública en estos debates valorativos —explícita o implícitamente— constituye una parte fundamental del ejercicio de la democracia y de la elección social responsable. En cuestiones de valoraciones públicas, no hay manera de evitar la necesidad de someter las valoraciones a un debate público. El trabajo de la valoración pública no puede sustituirse por un ingenioso e inteligente supuesto. Algunos supuestos que parecen funcionar sin problemas y de una manera fluida funcionan ocultando las ponderaciones y los valores elegidos con refinada opacidad. Por ejemplo, el supuesto —que suele postularse— de que dos personas que tengan la misma función de demanda deben tener la

misma relación entre las cestas de bienes y el bienestar (con independencia de que una esté enferma y la otra no, de que una esté incapacitada y la otra no, etc.) es esencialmente una manera de eludir la necesidad de considerar muchos factores significativos que influyen en el bienestar (como hemos señalado en el capítulo 3). Esa elusión se vuelve transparente, como hemos tratado de mostrar, cuando complementamos los datos sobre la renta y los bienes con otros tipos de información (incluidas algunas cuestiones de vida o muerte).

El debate público y la participación social son, pues, fundamentales para la elaboración de la política económica y social en un sistema democrático. La utilización de las prerrogativas democráticas —tanto de las libertades políticas como de los derechos humanos— constituye una parte crucial del ejercicio de la propia elaboración de la política económica, aparte de los demás papeles que pueda tener. En un enfoque basado en la libertad, la libertad de participación no puede ser sino fundamental en el análisis de la política económica y social.

